

Un nacionalismo fracasado: el iberismo

JOSÉ ANTONIO ROCAMORA ROCAMORA

Desde que en 1640 Portugal inició su separación de la monarquía ibérica, el olvido o el desprecio han sido habituales en las relaciones entre los dos Estados. La historiografía no ha escapado a esta corriente, aunque últimamente, estudios desde los dos lados de la frontera —señaladamente de Hipólito de la Torre— parecen invertir esta tendencia.

Prácticamente en el mismo momento que se inicia la separación portuguesa, comienzan los planes de unión ibérica, que desde luego, no encontraron un campo abonado para su materialización. Habrá que esperar al siglo XIX para que la confluencia de diversos factores haga resurgir la idea con fuerza, bajo la denominación de iberismo.

Hay que señalar la aparición de la burguesía, clase adinerada y culta, dispuesta a poner los intereses de la nación por encima de los de la monarquía, mediante una ideología política a la que aparece íntimamente ligada al iberismo, el liberalismo.

Pero no es menos importante la pérdida de la mayoría de los territorios ultramarinos de Portugal y España, empujando a los dos estados y llevando a la mente de muchos liberales ibéricos la idea de una unión de los dos países, que los sacase de su postración para devolverlos a un puesto de potencia mundial.

El planteamiento de esta unión se hizo —y se haría en adelante— concibiéndola como un acto pacífico y previamente consensuado en los dos países. El iberismo, pues, ha de ser considerado como un nacionalismo, equiparable al alemán o al italiano —a cuyo proceso unificador

prestó gran atención— y en modo alguno imperialista, aunque existiesen en España actitudes imperialistas hacia Portugal de personalidades no iberistas, o actitudes más ambigüas en las que parece latir cierto irredentismo.

Fenómeno burgués, el iberismo no caló en las masas ibéricas —que tenían preocupaciones más acuciantes—, y se estableció fundamentalmente en las ciudades. A esta escasa extensión del iberismo cabe sumar una escasa profundización del iberismo en las personas que lo defendieron, que en su mayoría antepusieron claramente sus intereses políticos particulares a los intereses del iberismo.

El iberismo es además una especie de último recurso —sobre todo en Portugal— al que sólo se acude en momentos críticos, y que al retornando la normalidad, es pronto olvidado.

I. EL IBERISMO LIBERAL (1820-1868)

Con las guerras contra Napoleón, las bases peninsulares se acostumbraron —carentes de una dirección monárquica directa— a participar en política, y las propias necesidades bélicas llevaron a colaboraciones esporádicas de españoles y portugueses.

Al acabar la guerra, España ve como el independentismo gana la mayoría de América, en tanto que Portugal, más bien parece una colonia compartida por Brasil e Inglaterra. El caldo de cultivo para una reacción nacionalista peninsular está preparado.

Otro punto de unión para los liberales españoles y portugueses fueron los exilios, que en la distancia, los aproximaron y les hicieron concebir una gran Iberia liberal, como puede observarse en *El Constitucional Español* y en *O campeão Português*. Parece ser que los exiliados fueron los primeros en reaccionar objetivamente y reconocer la inevitabilidad de la pérdida colonial; en cambio sus planes respecto a la península, parecen alejarles de la realidad.

Si las noticias de planes ibéricos en el exilio son abundantes, no sucede otro tanto en la Península. La instalación en España y Portugal en 1820 de sendos gobiernos liberales no supuso ningún avance en sen-

tido iberista. Varias razones pueden explicarlo: la existencia de un contencioso hispano-portugués en la Banda Oriental del Uruguay —contencioso tanto más absurdo cuando los gobiernos no ejercían un dominio efectivo sobre el área en cuestión—, el interés de Francia e Inglaterra por mantener un *statu quo* en la Península que les permitía ejercer una fuerte influencia, así como la oposición tajante de la Santa Alianza a los regímenes liberales son varias de ellas. Además, dentro de Portugal, los afectos a España eran un reducido grupo de liberales, cuyo margen de actuación estaba limitado por los absolutistas, los liberales conservadores y por la Corte, establecida en Río hasta 1821.

Aunque el Gobierno español estaba dispuesto a realizar la unión ibérica, el portugués se mostró reacio hasta para formalizar una alianza, y con un hábil doble juego del ministro de Negocios Extranjeros, se aproximó a Inglaterra.

Cuando en 1823 la invasión francesa ponía fin a los regímenes liberales, el iberismo se revalorizó, fruto, de un lado, de una consciencia amplia en los liberales ibéricos de la pérdida de América, y de otro, de sus estrechos contactos en el exilio, reforzados cuando, tras la muerte de João VI, aparece en la escena ibérica Pedro IV, autor de la separación de Brasil y simpatizante del liberalismo. Cuando abdicó de la corona brasileña, la perspectiva de hacer de él un rey liberal de Iberia, entusiasmó a muchos exiliados. Enviados españoles le informaron de estos planes, apoyados por el prestigioso y radical militar portugués Saldanha, muy vinculado con el firme conspirador español Mina, ardoroso partidario del iberismo y autor de un cuestionario enviado a destacados liberales españoles en el que preguntaba sobre la posibilidad de un cambio dinástico que entronizara a los Bragança portugueses¹.

Simultáneamente se realizaban labores tendentes a hacer del iberismo un cuerpo teórico, habiendo que resaltar el hecho de que en muchos liberales ibéricos, la habitual vocación centralizadora del liberalismo estaba ausente, prefiriéndose un sistema federal, que facilitaría la unión ibérica.

Así el catalán Puigblanch en *La Regeneración política de España* se mostraba dispuesto a crear una federación de cuatro estados, uno de ellos

¹ J. PUYOL: *La conspiración de Espoz y Mina (1824-1830)*, Tipografía de Archivos, 1932, págs. 17-20, 32-35, 88-89 y 122-125.

sería Portugal. Mayor trascendencia tuvo la obra del literato liberal portugués Almeida Garret *Portugal na balança da Europa*, en donde se consideraba —aunque sólo en un caso extremo— la posibilidad de fundir Portugal y España en una nueva nacionalidad, permitiendo escapar a Portugal de la tutela inglesa que hacía que su independencia fuese ficticia.

El iberismo, en tanto, seguía estando presente en las conspiraciones liberales y posiblemente estaba detrás de los contactos que se verificaron entre el español Torrijos y el portugués Palmela.

Cuando en 1830 Pedro IV llega a Europa, se inicia una nueva fase para el liberalismo y, consecuentemente, para el iberismo. Fernando VII vio en él un peligro de destronamiento y combate la unión ibérica en dos planos: en el diplomático, presionando a Francia e Inglaterra para que forzasen a Pedro IV a desentenderse de asuntos españoles, y en el peninsular defendiendo sin reservas a Don Miguel, hermano de Pedro IV y aspirante al trono portugués.

Don Pedro, que bien pudo simpatizar con el iberismo, se encontró forzado a prescindir de la colaboración de los liberales españoles —salvo Mendizábal— e incluso de portugueses radicales comprometidos con el iberismo, como Saldanha, puesto que el valor de estos apoyos era menor que el riesgo de enfrentarse simultáneamente al absolutismo portugués y español. Fernando VII, por su parte, desde que Don Miguel favorecía a su hermano Don Carlos, aspirante al trono español en menoscabo de los derechos de su hija Isabel, veía como un mal menor el que Pedro IV o su hija María da Gloria —previamente depurados de iberismo— ocupasen el trono portugués, dando un giro la situación.

Por primera vez el pragmatismo político forzó a sacrificar al iberismo. Los liberales de cada país lucharon separadamente por las candidatas al trono, María da Gloria e Isabel, en contra de sus tíos respectivos, Don Miguel y Don Carlos. La Cuádruple Alianza, que unía a los dos países y además a Inglaterra y Francia, nada tiene de iberista, máxime cuando la presencia de estos dos últimos países era una forma de perpetuar el reparto de influencias en la Península.

Los absolutistas de los dos países también colaboraron, como réplica a esta alianza, pero nada puede encontrarse tampoco de iberismo. El absolutismo español, a lo sumo, tuvo una política expansionista hacia Portugal, iniciada por Godoy con la Guerra de las Naranjas y el proyecto

de reparto previo a la invasión napoleónica, y ocasionalmente continuada por Fernando VII.

Afirmados en el poder los liberales, el iberismo deja de ser para ellos un asunto de importancia. No obstante, la actividad iberista persiste, habiendo rumores en este sentido acerca de planes de Mendizábal y contactos entre militares españoles y portugueses que combatían a los carlistas. Por entonces iniciaron también sus actividades iberistas dos malagueños, Andrés Borrego y Estébanez Calderón, que intercambiaron mediante cartas sus respectivos puntos de vista ².

Hacia 1840, con ocasión de los proyectos de enlace de Isabel II, Espartero recibió escritos para casarla con un príncipe portugués para realizar la unión ibérica, idea defendida por Borrego y por Giacomo Durando, nacionalista italiano simpatizante con el iberismo ³. La diferencia de edad, entre otras cosas, impidió el enlace.

Conforme el liberalismo se iba fragmentando en distintas corrientes, empezaron a haber distintas visiones del iberismo, a menudo incompatibles entre sí y además sus partidarios no estuvieron dispuestos a renunciar a su visión particular del iberismo para favorecer a otra que contase con más posibilidades.

En Portugal, en tanto, la presencia iberista era casi nula, aunque los liberales más radicales, como Manuel Passos o José Estêvão, eran partidarios de la unión ibérica, pero no en un futuro inmediato.

A mediados de la centuria se observa un reavivamiento iberista, inicialmente centrado en aspectos teóricos. Nicomedes-Pastor Díaz y Borrego —tal vez el iberista más constante que ha existido— abordaban en diversas obras la unión ibérica, estudiando sus condiciones. El «zollverein» alemán atraía a muchos, que veían en la unión aduanera un paso que facilitaba la unión política.

² A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *El Solitario y su tiempo*, Imprenta de A. Pérez Dubrull, págs. 238-241, Madrid 1883. M. AZAÑA, *Ensayos sobre Valera*, Alianza Editorial, págs. 118-119. Madrid 1971.

³ M. T. PUGA: *El matrimonio de Isabel II*, Universidad de Navarra, Pamplona 1964; pág. 130. T. CASANA, *Giacomo Durando in esilio (1831-1847)*, prólogo de Alberto Gil Novales, Instituto per la storia del Risorgimento italiano, págs. 26-27 y 123-124, Torino 1979.

El catalán Sinibaldo de Más protagonizó una de las campañas iberistas más importantes, y simultánea en las dos naciones. En *La Iberia* proponía un enlace dinástico entre Braganças y Borbones que permitiese realizar la unión. Contó con importantes adhesiones en España y en Portugal. La idea se le ocurrió estando en la colonia portuguesa de Macao. Su obra fue bastante más leída en Portugal que en España. Pensaba que las ventajas económicas de la unión eran muy grandes y que además, la unión favorecería la fraternidad universal, idea muy extendida también entre los republicanos —que en este momento son casi absolutamente federales— por sus orientaciones cosmopolitas y filantrópicas.

Al igual que el proyecto de enlace de Borrego contaba con la desventaja de que no era de una aplicación inmediata —por la corta edad de los príncipes— y eso era perjudicial en una sociedad más acostumbrada a rápidos y violentos golpes de mano que a la labor lenta y paciente de la propaganda.

Por su parte, muchos portugueses eran conscientes de su pequeñez —en un momento en que todavía no han empezado a expandirse por África— y de la mediatización extranjera —señaladamente inglesa— que ponía en duda su independencia real. Por eso hubo iberistas incluso en sectores conservadores. Los argumentos económicos eran habitualmente señalados por los partidarios de la unión, así la construcción de un ferrocarril entre Lisboa y Madrid, desató una polémica en la que los sectores nacionalistas tradicionales se opusieron, considerándolo un peligro para la nacionalidad, en tanto que los más proclives al iberismo lo defendieron, como un avance económico y de la civilización. Entre estos estaban Lopes Mendonça, Carlos José Caldeira o Latino Coelho, que por supuesto eran conscientes de que todo acercamiento económico facilitaba —y de algún modo preparaba— el político.

Prácticamente toda una generación de jóvenes con ideas progresistas y cosmopolitas, conocida como «geração de 1852» tuvo tendencias iberistas. Es el caso de Henriques Nogueira, cuya muerte prematura constituyó una pérdida irreparable para el republicanismo y el iberismo en Portugal.

Los iberistas portugueses sostuvieron una polémica entre sí en 1852, entre los republicanos federales de la *Revista Lusitana* y los monárquicos de *A Iberia*, con acusaciones mutuas de utopismo, y que en el fondo señalaba las infranqueables diferencias que separaban a los herederos del primer liberalismo.

Existían además publicaciones como *Restauración del Mediodía* y *A Península* que defendían el iberismo y se realizaron esfuerzos —sobre todo de Valera y Latino Coelho— para crear una revista conjunta, la *Revista Ibérica*; de este tipo fue también *El Frontero*, de escasa vida y publicada en Badajoz.

Así pues, al llegar al año 1854, el iberismo era un tema ampliamente debatido en los dos países y, tal vez con más intensidad, en Portugal. Cuando en España el régimen de Isabel II muestra síntomas de crisis, buena parte de sus opositores —cada vez más abundantes— recurren a ideas iberistas.

Si ya liberales decepcionados habían pensado destronar a Fernando VII y entronizar a los Bragança, la política llevada a cabo por su hija Isabel II no hizo sino reforzar esta idea: destronarla y hacer de Pedro V, rey de Portugal, el nuevo rey de España.

La prensa, sobre todo la progresista, planteó la posibilidad en varias ocasiones, hasta que el gobierno tuvo que prohibir que se tratase en prensa la unión ibérica, reaccionando los redactores de diversas publicaciones mediante un manifiesto de protesta.

Se intentó detener, además, a dos de los más destacados conspiradores —e iberistas— Fernández de los Ríos y Cánovas del Castillo. Concretamente el segundo, en *El Recuerdo Histórico* vaticinaba el fin de los Borbones y la entronización de una nueva dinastía. Evidentemente, pensaba en Pedro V. Su iberismo hay que ponerlo en relación con el de su tío, Estébanez Calderón, y el de su paisano, Andrés Borrego.

Los avances iberistas en España reavivaron la polémica en Portugal. Los miguelistas —absolutistas portugueses— protestaban al gobierno por su tolerancia con la circulación de ideas iberistas. Un artículo en el periódico gubernamental *A Esperança* señaló entonces cómo había partidarios del iberismo —en sus diversas versiones— en todos los campos políticos e incluso en el gobierno, afirmando además que sería injusto perseguir a una idea que se iba extendiendo de modo pacífico.

En julio de 1854 estalla la revolución en España, manteniéndose en principio una situación de equilibrio entre gubernamentales y revolucionarios. Andrés Borrego es detenido y desterrado por el gobierno nada menos que a Portugal, donde hizo una labor muy positiva por la revolución, entrevistándose con ministros y con abundantes amigos. En sus

conversaciones abordó, sin duda, la posible entronización de Pedro V, encontrando una buena disposición ⁴.

La reina lanzó un manifiesto adaptándose a las circunstancias creadas por la ya triunfante revolución, que bien pudo ser decisivo para que permaneciese en el trono.

Los revolucionarios triunfantes carecían de un programa común y tras la victoria, cada cual defendió el suyo propio. Los iberistas republicanos se opusieron a la entronización de Pedro V. Pero más negativa para ésta era la división monárquica —el propio Sinibaldo de Más se oponía—, y así, aunque contaba con partidarios importantes como Martos, y al parecer el propio Espartero, acabó triunfando un sector más moderado que prefería conservar a Isabel II a arriesgarse a un cambio dinástico que pudiese llevar emparejados cambios más profundos, pues la monarquía portuguesa gozaba de una fama más progresista que la española.

Desde entonces hubo una tendencia entre los conservadores a contemplar el iberismo como idea revolucionaria, y en consecuencia, renunciaron a él. Los últimos años del reinado de Isabel II, de predominio conservador, son años de temor a que se repita la situación de 1854 y que Portugal se convierta en el Piamonte ibérico. Excepción a esto es la obra *España y Portugal* de Abdón de Paz, que proponía que España —o más bien Castilla— unificase Iberia. La obra fue ampliamente discutida por los iberistas, así como *La fusión ibérica* de Pío Gullón por su falta de respeto a Portugal.

Tras 1854, la crisis del iberismo no fue demasiado profunda. Borrego reiteró sus ideas en nuevas obras y habla de renovados proyectos para poner a Pedro V en el trono, en los que pudo participar Cabrera ⁵.

Claudio Adriano de Costa publicó en 1856 *Memoria sobre Portugal e a Espanha* basando su iberismo tanto en los sentimientos como en

⁴ C. MARTOS: *La revolución de julio en 1854*; pág. 177, Madrid 1854. A. OLIVA MARRA-LÓPEZ, *Andrés Borrego y la política española del siglo XIX*, pról. de Luis Sánchez Agesta, Instituto de Estudios Políticos, págs. 44-45, Madrid 1959. A. BORREGO, *Historia de una idea. España y Portugal*, pág. 22, Imprenta de T. Fortanert. Andrés Borrego hizo aparecer esta obra como anónima. Madrid 1869.

⁵ A. BORREGO: *Hist. de una idea*, págs. 24-26.

razones políticas y económicas que estudia detalladamente, proponiendo de nuevo un enlace de las dos dinastías como solución óptima.

También en Portugal apareció la obra *A união ibérica*, del demócrata español Sixto Cámara, y prologada por Latino Coelho, en la que se defendía una república federal. Su correligionario Fernando Garrido empezó a defender por entonces la misma solución como la única aceptable para formalizar la unión ibérica.

Corrientes federalistas hubo también entre los monárquicos, como en el folleto *Confederação Ibérica*, publicado en 1859.

Aparecieron también revistas comunes, como la *Revista Peninsular* en Lisboa o la *Revista Ibérica* en Madrid. En ambas tuvo importancia la labor de Juan Valera.

García de Barzanallana, con su estudio *La Liga aduanera ibérica* consiguió un premio otorgado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en el que se muestra muy cauteloso en todo lo que supusiera menoscabo para la economía española y reacio a vincular la unión aduanera con la política, por el rechazo que de esta se hacía en Portugal.

Desde 1860 respecto al activismo político de signo iberista, en ambos países existían reducidos grupos republicanos que deseaban la federación ibérica. Por el contrario, los monárquicos, en Portugal, prácticamente en bloque, no son iberistas, pero sí en España, sobre todo los progresistas, nuevamente desengañados de Isabel II.

Cuando en 1861 murió Pedro V, su hermano Luis I heredó las simpatías de muchos iberistas españoles, pero en una medida mucho mayor lo hizo su padre, Fernando de Coburgo —rey consorte con María da Gloria— que estaba retirado de la actividad política. Ambos eran conscientes de estas simpatías no deseadas, a las que ocasionalmente se sumaron intrigas iberistas italianas⁶.

No en vano se habían tenido que enfrentar contra los Borbones para conseguir la unidad de Italia, que todavía no estaba completa, al no estar

⁶ J. DEL NIDO Y SEGALERVA: *La Unión Ibérica*, Tipografías de Prudencia P. de Velasco, Madrid 1914, págs. 76-79.

ocupada Roma. A esto bien pudo sumarse la simple simpatía de los nacionalistas italianos por el iberismo, que también funcionó en sentido inverso, pues los republicanos formaron una «Legión Ibérica» compuesta de españoles y portugueses, que debería haber ido a luchar junto a Garibaldi.

Conforme el régimen isabelino se deterioraba, los proyectos iberistas aumentaban. Un viaje de los reyes lusos a Madrid en 1866 fue ocasión para multitudinarias manifestaciones, a pesar de los intentos gubernamentales por desbaratarlas. En 1867 el propio Luis I advertía a Isabel II de la existencia de una fuerte oposición partidaria de la unión ibérica.

Efectivamente, la abundante oposición coincidía en la necesidad de destronar a la reina, pero difería en el recambio del régimen. Quien más se distinguió en su intento por entronizar a un portugués fue Olózaga, pero en mayor o menor grado —a veces sólo ocasionalmente— la idea atrajo a Prim, Martos, Sagasta o Fernández de los Ríos, entre otros. Cuando en septiembre de 1868 la reina era destronada, el camino parecía más despejado que nunca.

II. EL IBERISMO DURANTE EL SEXENIO REVOLUCIONARIO DE ESPAÑA (1868-1874)

En 1868 se repite la situación de 1854. La oposición está unida hasta que triunfa, y desde entonces aparecen disensiones internas. En relación al iberismo, existió una sólida candidatura —no buscada— de Fernando de Coburgo, persona de talante democrático, más acorde con los nuevos tiempos, y sobre todo, que tenía el atractivo de facilitar la unión ibérica.

Sus partidarios salieron de las filas progresistas y del sector monárquico de los demócratas. Sus enemigos fueron los republicanos —iberistas también— y monárquicos partidarios de otros candidatos, sobre todo de Montpensier, quien —codiciando la corona— personalmente procuró que fracasase.

La candidatura fernandina desencadenó —tanto dentro como fuera de España—, la publicación de numerosos artículos y folletos posicionándose a favor o en contra de ella. En principio, Italia y Prusia, deberían

contemplarla positivamente, enfrentándose Francia e Inglaterra, aunque la cambiante situación política española introdujo modificaciones constantes.

Desde luego, una baza a su favor era el iberismo. Si en Portugal, por estas fechas, declararse iberista llevaba a la marginación política, en España sucedía lo contrario, y los opositores a la candidatura fernandina procuraron dejar claros sus deseos de unión ibérica para no parecer menos patriotas.

En 1869 se envió a Fernández de los Ríos a Lisboa, quien se entrevistó en privado con Don Fernando, ofreciéndole la corona, que rechazó. Su apego a su vida privada, el clima de violencia de España y el recuerdo de la muerte de Maximiliano en México pudieron influir en su decisión. Los montpensieristas trabajaban además intensamente en Lisboa, ironizando sobre la vida de la familia real portuguesa y lanzando bulos que forzaron a que ésta se posicionase contra el iberismo.

Sólo un factor había en Portugal que pudiese inclinar a Don Fernando a aceptar el trono. En España avanzaban las ideas republicanas; si la inestabilidad persistía, el mismo Portugal podría ser contagiado.

El Gobierno español no cejó tras este primer fracaso. Sustituyó a su representante en Lisboa —el montpensierista Mazo— por el iberista Fernández de los Ríos, reanudándose en abril de 1869 los tratos, que acabaron con un telegrama de Don Fernando renovando su rechazo, que por algunos fue considerado como una ofensa, teniendo que intervenir Sagasta y Serrano en las Cortes para apaciguar los ánimos.

Al tiempo, desde París, Olózaga se movía en la esfera internacional procurando hacer aceptable la candidatura. Trabajó conjuntamente con el viejo iberista Saldanha, para ejercer una presión que convenciese a Don Fernando. En tanto, para Napoleón III esta candidatura se iba convirtiendo en un mal menor ante la posibilidad de que Montpensier —hijo del destronado rey francés Luis Felipe— se convirtiese en rey de España o de que se proclamase la república, o incluso el peor de los casos, que un prusiano fuese rey de España.

Simultáneamente, Napoleón III envía mensajeros de incógnito para informar a Don Fernando de su apoyo, y Saldanha regresa a Lisboa sin haber sido solicitado. En mayo de 1870 da un golpe de estado; en España, Rivero había dado a entender que el gobierno conocía los planes

de Saldanha. Lo cierto es que tras un consejo de la familia real, en julio, Don Fernando se decide a entrar en negociaciones sobre su entronización. Ponía como condición gozar de un respaldo muy elevado de las cortes —casi total—, garantías económicas, el acuerdo explícito de España, Portugal, Inglaterra y Francia aceptando la candidatura y que se estipulase en el derecho sucesorio la imposibilidad de que las coronas de Portugal y España recayesen en la misma cabeza. Tras negociaciones entre gobierno y don Fernando se consiguió un acuerdo en todos los puntos salvo en la sucesión, ya que don Fernando no estaba dispuesto a ceder a las ansias iberistas de sus partidarios.

Fracasada la candidatura fernandina, el iberismo monárquico tuvo que limitarse a planteamientos teóricos, aunque en la práctica casi desapareció de la vida pública.

Una experiencia curiosa que se dio en España fue la creación de una «Asociación Peninsular» en 1870, a la que pertenecían distinguidos políticos de diversas tendencias. Tenía carácter apolítico y desmintió su vinculación con la candidatura fernandina. Elaboró un ambicioso proyecto para dividir la Asociación en tantas secciones como grupos de grandes intereses hubiese que agitar, y que la apatía de la mayoría de los miembros de la Asociación haría fracasar⁷.

Pero en la dinámica política, desde 1870 el iberismo quedó casi exclusivamente en manos republicanas. El iberismo de muchos de sus líderes, como Orense, Pi, Salmerón o Castelar, se remontaba a bastantes años antes de la revolución de 1868. En general, criticaban a la monarquía de haber privado a los antiguos reinos medievales de sus libertades —contra lo que se sublevó Portugal—, y en consecuencia pensaban que una vez restablecidas las antiguas libertades, Portugal se reintegraría voluntariamente. Cualquier solución monárquica sería incapaz, para los republicanos, de conseguir la unión ibérica. Por eso se opusieron a la candidatura fernandina.

El espíritu iberista del que estaban imbuidos los líderes republicanos españoles era compartido por las bases.

⁷ R. MOLINA: *Portugal, su constitución e historia política en relación con el resto de la Península*, Biblioteca Económica de Andalucía, Madrid 1870, págs. 202 y ss.

Las relaciones con los republicanos portugueses fueron en este período muy intensas. Aunque eran un grupo todavía más reducido que sus correligionarios españoles, eran herederos de una larga tradición iberista.

El iberismo de los republicanos distaba de ser homogéneo, coexistiendo al menos hasta cuatro visiones distintas para la realización de la unión ibérica⁸. Carecía además de una constancia y su interés por el iberismo sufrió altibajos, conforme evolucionaba la situación política. Fue suficiente, sin embargo, para que los obreros que se encuadraban en el republicanismo federal, quedasen impregnados, y transmitiesen ese iberismo al movimiento obrero español cuando gozó de autonomía.

Cuando se proclamó la República, Francia e Inglaterra se alarmaron ante la posibilidad de que intentase realizarse la federación ibérica. Pero los republicanos españoles, conscientes de su precaria situación, procuraron que el iberismo no les originara nuevos problemas.

En Portugal, el iberismo nunca había sido desalojado de las Universidades y focos intelectuales, en los que se respiraba un ambiente distinto al nacionalismo imperante en la vida política.

El iberismo monárquico en este período, prácticamente no tuvo adeptos en Portugal, pero sí el republicano, alentado además por la favorable evolución del republicanismo en España. De mismo modo, los núcleos obreros portugueses, inicialmente vinculados a ellos, adquirieron autonomía.

En 1870 un Congreso obrero en Barcelona lanza un llamamiento a los obreros portugueses con contenidos iberistas. En 1871, internaciona- listas españoles exiliados, se relacionan en Lisboa con Antero de Quental, Batalha Reis y Fontana, introduciendo el internacionalismo.

Antero de Quental es sin duda el iberista portugués más decidido en este momento. Poeta de primera magnitud, se hizo iberista en la Universidad, deseoso como estaba de renovar la vida de Portugal en todas sus facetas.

⁸ Es fundamental la obra de M.^a V. LÓPEZ-CORDÓN: *El pensamiento político internacional del federalismo español*, Planeta. Barcelona 1975.

En 1868 escribe *Portugal perante a Revolução de Espanha*, donde habla de un Portugal decadente y próximo a la muerte, prisionero de su propia tradición. La ruina completa sólo podría ser evitada por una revolución socialista e iberista.

Antero fue el motor de todo un grupo de jóvenes intelectuales, como Eça de Queiros, Oliveira Martins, o Batalha Reis. Acostumbraban hacer reuniones en las que discutían asuntos de actualidad —lógicamente España y el iberismo no estarían ausentes— y planearon un ciclo de Conferencias Democráticas en el Casino Lisbonense, en línea con su objetivo de sacar a Portugal del sopor en el que juzgaban que estaba sumido. Era el año 1871.

Antero inició el ciclo con la conferencia titulada «Causas da decadência dos povos peninsulares nos últimos três séculos». Dicha decadencia se inicia en el siglo XVII, en buena medida por el abandono de las tradiciones democráticas y federalistas medievales, que fueron sustituidas por el centralismo y el absolutismo, repitiendo sus ideas de lo que concebía como única salvación para los pueblos ibéricos.

Se pronunciaron todavía algunas conferencias más, pero el gobierno, temeroso de que a partir de ellas se vertebrara una sólida oposición, las suspendió.

Con el tiempo Antero fue abandonando el republicanismo y el iberismo, y, cuando todo parecía empujarle al anarquismo pasó al socialismo.

III. EL IBERISMO EN EL SISTEMA DE ROTACIÓN DE PARTIDOS (1875-1910)

A fines del siglo XIX los dos Estados ibéricos parecen alcanzar la estabilidad con la que habían estado soñando durante muchas décadas. Pero dicha estabilidad se asentaba en unas bases endebles, pues mientras aumentaban los sectores interesados por la política, ésta cada vez era manejada por un número inferior de individuos, permitiendo que todo tipo de corrupciones apareciesen.

Desde la década de los 70 el iberismo había quedado en manos de los republicanos casi en exclusiva. En Portugal, fueron capaces de ir construyendo una alternativa a la monarquía, pero para ello tuvieron que renunciar paulatinamente a su iberismo, por ser un fenómeno impopular entre las masas. Por el contrario, en España —salvo en el iberismo— en poco coincidían los republicanos, divididos en varias corrientes enfrentadas entre sí, con perjuicio para todas por la incapacidad de ofrecer un recambio a la monarquía.

Cuando en 1874 muchos republicanos españoles pasaron a Portugal, comprobaron cómo allí sus correligionarios todavía eran federalistas e iberistas. En 1877, presiones del Gobierno español consiguieron que los últimos exiliados saliesen de Portugal, iniciándose una etapa de un escaso nivel de relaciones, en la que cada republicano se preocupaba tan sólo de su país.

Es cierto que las viejas figuras del republicanismo como Pi y Margall o Castelar reafirmaron su iberismo en obras, manifiestos o discursos, pero lo hacían en un tono que tenía mucho de nostálgico. Sus deseos de crear una república ibérica eran pura utopía, pero podían tener un efecto práctico.

Fernando Garrido dedicó en 1881 un libro a *Los Estados Unidos de Iberia*, en el que reiteraba viejas ideas iberistas y criticaba la hegemonía inglesa en Portugal. Pero en el fondo, parece translucir que Garrido era consciente de que el iberismo era lo único en lo que se parecían los republicanos —y algunos monárquicos—, proponiendo la creación de un único partido federal ibérico, que catalizase las diversas corrientes republicanas.

Los federales jamás consideraron la federación ibérica como último fin, pues tras ella debería venir la latina, la europea y la mundial, escalonadamente. Sin embargo, mientras los federales españoles hacían gran hincapié en la federación ibérica, los portugueses tendían a desvalorizarla, encuadrándola dentro de ese gran marco federal.

Por lo que respecta a los monárquicos, en España un fiel exponente de ellos puede ser Cánovas del Castillo, antiguo iberista, que en el fondo seguía deseando la unión ibérica, pero que era consciente de las trabas y peligros que se interponían, dedicando en todo momento su esfuerzo a conservar el Estado, amenazado de una desmembración colonial, antes que arriesgar las fuerzas en intentar ampliaciones utópicas.

Los monárquicos portugueses —y en buena medida los republicanos—, una vez que inició la expansión africana del brazo de la aliada Inglaterra, se olvidan del iberismo, que en todo caso, desde mediados de la centuria, contaba con escasos adeptos.

En este período de un mediocre nivel del iberismo, sobresale la labor llevada a cabo por Oliveira Martins, no tanto como político, sino como historiador, al rechazar presentar la historia portuguesa como algo separado de la peninsular. De sus obras, la que presenta más interés para el iberismo es la *Historia da Civilização Ibérica* (1879), que durante varias décadas fue probablemente la obra portuguesa más conocida en España después de *Os Lusíadas*.

Se trata de una historia peninsular en la que se resaltan las semejanzas con los pueblos bereberes y se insiste en la idea de la tradición democrática medieval destruida por la monarquía, y la posterior decadencia. Del retorno a los principios democráticos dependía el resurgir ibérico y la vuelta de los tiempos gloriosos.

A pesar de que no defendía resueltamente la unión de Estados, su alejamiento del tradicional nacionalismo y su apreciación de semejanzas de base entre todos los pueblos ibéricos, hacen de él un iberista de gran importancia, y punto de referencia para iberistas posteriores.

En la vertiente del iberismo político en Portugal, su escasa importancia se multiplicaba con la anglofobia. Al sentimiento de estar manipulados por Inglaterra se sumaba ahora una rivalidad colonial. Portugueses como Barbosa Leão vieron en España un aliado que podría sustituir ventajosamente a Inglaterra.

Entre los republicanos, Teófilo Braga manifestaba un iberismo, que es más fruto de los razonamientos que de los sentimientos, pues éstos apenas se apartan de los tópicos nacionalistas tradicionales. Más curiosa es la postura de otros federalistas portugueses, como Horacio Ferrari, que aspiraban a una hegemonía peninsular de Portugal. A juicio de los federalistas, España no debía federarse directamente con Portugal, sino que debía descomponerse en sus diversas regiones, que con Portugal, formarían los diversos Estados federados. De este modo, Portugal pasaría de ser el menor de los dos Estados independientes a ser el mayor de los Estados federados, dándole una cierta preeminencia.

Desde 1885 es visible en España un reavivamiento del iberismo debido, no tanto a la repetición de los viejos líderes de sus ideas, como a la aparición de jóvenes figuras intelectuales republicanas. Los hermanos Giner de los Ríos escribieron un libro tras un viaje a Portugal, en el que se mostraban convencidos de que la unión ibérica acabaría realizándose, en un futuro más o menos lejano.

Más constante en su iberismo resultó Labra, deseoso que el acercamiento a Portugal trascendiera también a Iberoamérica; en 1889 pronunció en Madrid varias conferencias sobre Portugal, manifestándose por la unión y criticando el imperialismo de algunos españoles. El público aplaudió con mayor entusiasmo aquellos párrafos que hacían alusión directa al iberismo.

Pero el año en que el iberismo republicano fue puesto a prueba fue 1890. Portugal deseaba que sus colonias se extendiesen de las costas de Angola a las de Mozambique, contraviniendo los planes ingleses de enlazar El Cabo y El Cairo. En enero de 1890 Inglaterra da un ultimátum al Gobierno portugués para que abandonase sus pretensiones, cosa que hizo rápidamente.

Los republicanos fueron lo bastante hábiles para encabezar un movimiento nacionalista que, al tiempo que anglófono, se iba haciendo antimonárquico.

Buscaron la solidaridad española y la encontraron, aprovechando sus correligionarios españoles para ponerse al frente de ella.

Los estudiantes portugueses eran los más próximos al iberismo. En marzo propusieron crear una Federación Ibérica de Estudiantes, y una abundante comisión se desplazó a tal fin a España, siendo objeto de multitudinarias muestras de simpatía, encabezadas por las de los líderes republicanos españoles, que ante la situación, parece que se olvidaron de sus rencillas.

El clima de tensión se mantuvo —aunque decreciente— en Portugal durante todo el año. El 1.º de diciembre —fecha de la sublevación contra Felipe IV— en lugar de las típicas manifestaciones antiespañolas, se produjeron en Lisboa concentraciones frente a la representación española, vitoreándose a España por su solidaridad frente a Inglaterra. Las movilizaciones españolas fueron también notables, mediante artículos, discursos, reuniones, realizados incluso en poblaciones pequeñas.

Por supuesto los líderes de la I República se pronunciaron a favor de Portugal y el iberismo, pero también lo hicieron otros republicanos como el doctor Esquerdo, Escuder, Curros Enríquez, Demófilo o Zorrilla.

Los dirigentes republicanos portugueses fueron mucho más prudentes y en general no dieron el paso que separaba la hispanofilia del iberismo. Magalhães Lima es una notable excepción a esto. Tendencias iberistas pueden observarse así mismo en otros portugueses, como Duarte d'Almeida en su poema «Vae Victoribus!» o Xavier de Carvalho, que en un artículo en *A Pátria* imaginaba un glorioso futuro para los Estados Unidos Ibéricos⁹.

Esta gran conmoción nacionalista que sacudía los dos países fue observada con recelo por sus gobiernos monárquicos, que tomaron medidas para atajarla. Portugal cerró la frontera bajo pretexto de una epidemia en España. Hubo una correspondencia secreta entre las dos reinas con el fin de que España enviase tropas si la monarquía portuguesa se viese amenazada. El acuerdo conjunto para impedir que una tuna española —en cuyas actuaciones en Coimbra y Porto se aclamó la federación ibérica— fuese a Lisboa, es prueba del consenso monárquico para mantener los regímenes y no permitir ningún coqueteo con el iberismo.

Muchos monárquicos se verían en España en una difícil situación: solidarios con Portugal e iberistas de un lado, temían el republicanismo y el desorden, de otro. También hubo entre los monárquicos portugueses hispanófilos y se defendieron propuestas de alianza, que no tuvieron mayores repercusiones.

En cambio, entre los republicanos, los efectos de la crisis del Ultimátum se prolongaron más tiempo. Destaca en este momento la obra *La Fédération Ibérique* de Magalhães Lima, donde recogía —además de la suya— muchas opiniones de iberistas republicanos de los dos Estados. Pero buena parte de ella está dedicada a un acontecimiento de gran trascendencia para el iberismo, la reunión de republicanos ibéricos en Badajoz, precedida por sendas campañas propagandísticas, en las que

⁹ Para la crisis del Ultimátum, véase P. VÁZQUEZ CUESTA: *Un «noventa y ocho» portugués: el Ultimátum de 1890 y su repercusión en España*, en J. M. JOVER ZAMORA: *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Planeta, Barcelona 1974.

se distinguieron el propio Magalhães Lima y Demófilo. Las representaciones de los dos países eran muy nutridas, pero por parte portuguesa, se observaba la ausencia de algunos de los más destacados líderes —como Teófilo Braga—, aunque se adhirieron mediante cartas.

Se celebró un mitin en el que los oradores se pronunciaron a favor de la federación ibérica y un banquete, presidido por Salmerón y Magalhães Lima, en el que hubo intervenciones orales de signo semejante.

Acabada la reunión, se entra en uno de los períodos más oscuros del iberismo, explicable por la existencia de problemas interiores y exteriores más importantes en cada uno de los países.

Hay que esperar a 1898, en que España sufre una derrota que le conmociona, para que aparezcan tímidos ensayos de un iberismo, que aparece además renovado teóricamente.

Ya el precursor de la generación del 98, Ganivet, en *Idearium español*, consideraba Portugal parte de la misma nación que España, pero ante la dificultades que planteaba la reunión, renunciaba en el futuro inmediato a ella, prefiriendo concentrar todos los esfuerzos en el territorio español.

Parecida fue la postura asumida por los regeneracionistas, mientras que el republicanismo no aportó nada nuevo.

El catalanismo, temido por muchos como un peligro separatista, fue quien verdaderamente trajo nuevos aires al iberismo.

Cataluña, o mejor Barcelona, por su abundante burguesía, el recuerdo de vicisitudes comunes con Portugal en la lucha contra el centralismo, y por la existencia de una tradición iberista, era un lugar excepcional. A esto cabe añadir la posibilidad de que la industria catalana pudiera ver —tras las pérdidas de 1898— en Portugal y sus colonias un territorio en el que resarcirse.

Para el catalanismo, 1898 era la derrota de todo el sistema, y elaboró un plan sustitutorio: una unión ibérica en la que Castilla —en su amplio sentido— en lugar de ser la mayoría absoluta que era en el Estado español, se contituía en mayoría relativa, viéndose forzada a aban-

donar el centralismo y a adoptar una política de consenso con los demás pueblos ibéricos.

Inicialmente el catalanismo habló sólo de tres nacionalidades, que coincidían con los tres grandes grupos lingüísticos latinos que se repartían los territorios ibéricos. Es lo que pensaban a principio de siglo dos de los catalanistas más ardientemente iberistas, Joan Maragall y Cases Carbó. Prat de la Riba, el catalanista más importante del momento, también se declaró iberista en *La nacionalitat catalana* (1906).

Pero fue sin duda Ribera i Rovira el catalanista más interesado por el iberismo. No en vano vivió en Portugal y estaba relacionado con muchos intelectuales portugueses. Su labor como intermediario y difusor de las dos culturas fue notable. En 1907 publicó *Iberisme*, con prólogos de Cases Carbó, Maragall y Teófilo Braga. Éste era quien más difería, considerando que las Españas no eran tres, sino tan sólo dos, la atlántica y la mediterránea, bases de los dos Estados.

Ribera i Rovira aspiraba a establecer una especie de solidaridad catalano-portuguesa que hiciese frente al centralismo y realizase la unión ibérica.

Un año más tarde, Navarro Monzó, que residió muchos años en Portugal, publicó allí *Catalunha e as nacionalidades ibéricas*, criticando la hispanofobia portuguesa que le hacía contemplar a España como un bloque monolítico, cuando la realidad era que Portugal contaba allí con regiones hermanas oprimidas por el centralismo, en consecuencia, demandaba igualmente una solidaridad luso-catalana. Tal y como sospechaba, su obra pasó desapercibida en Portugal.

Maragall no cesaba en tanto de defender el iberismo en artículos, como uno de 1909 —«La integridad de la patria»— en el que cuenta su conversación con un noble portugués, a quien explicó el iberismo catalanista: acabar con el centralismo pero sin forzar la ruptura, como hizo Portugal.

Fuera de Cataluña, las señales de renovación del iberismo no hay que buscarlas en el republicanismo —todavía dedicado a recordar viejas glorias, más que a reverdecirlas— sino en individualidades. Una de ellas es Gonzalo de Reparaz, hijo de españoles, pero nacido en Porto, donde vivió su niñez y juventud, contando además con nacionalidad portuguesa. En 1907, ideó para solucionar la situación de Tángar, qué se le entre-

gase la ciudad a Portugal, con quien proponía colaborar en la política africana.

Otro era Vázquez de Mella, políticamente ultraconservador, pero respetuoso con las diversidades regionales españolas, que empezó a manifestar sus simpatías por el iberismo.

Pero tal vez el más interesante es el del vasco afincado en Salamanca, Unamuno. Próximo a la frontera portuguesa, realizó varios viajes allí y se relacionó con buena parte de sus intelectuales. Pero son sus relaciones con Maragall las determinantes para su iberismo. Discutieron mucho sobre el asunto y pensaron incluso una revista ibérica, que la muerte del catalán frustró. Unamuno, más al tanto de la realidad portuguesa, es reacio a plantear el iberismo en términos de unión política, aspirando sólo a favorecer un acercamiento. Testimonio de su interés por Portugal es su obra *Por tierras de Portugal y España*, en la que culpaba a España de originar las suspicacias portuguesas y a algunos españoles por sostener posiciones imperialistas. La obra fue generalmente bien aceptada en Portugal.

IV. LA DUALIDAD DE REGÍMENES (1910-1931)

La monarquía portuguesa cayó en 1910 ante los embates republicanos, en tanto que la española, que iba entrando en una etapa de crisis crónica, prolongó todavía bastante tiempo su existencia. La dualidad de regímenes que se establece no es verdaderamente decisiva a la hora de analizar las relaciones de los dos Estados, sino que lo realmente importante era la semejanza ideológica de los grupos que detentaban el poder ¹⁰.

Por supuesto, los republicanos españoles acogieron con júbilo la caída de la monarquía portuguesa, y sufrieron una tibia reacción de su iberismo, pero muy limitada, en parte por el propio interés de sus correligionarios portugueses. En 1910 el proceso desiberizador del republicanismo

¹⁰ Para este período son básicas dos obras de H. de la TORRE GÓMEZ: *Antagonismo y fractura peninsular (1910-1919)*, Espasa Calpe. Madrid 1983; y *Del «peligro español» a la amistad peninsular. España-Portugal (1919-1930)*, UNED. Madrid 1984.

portugués había concluido. Sólo viejas figuras parecían tener una débil esperanza en él, mientras que las más jóvenes, no sólo no lo asumían, sino que lo rechazaban, sumándose a la opinión generalizada en Portugal. Es más, como los monárquicos buscaron refugio en España, les acusaron de iberistas, para mejorar su posición interna.

En sectores monárquicos conservadores de España, aparecieron tendencias anexionistas hacia Portugal. Acabar con la república para crear una gran monarquía ibérica, aprovechando la I Guerra Mundial, sería una idea sugerente, que alcanzó mentes de las altas esferas militares y, al parecer, al propio rey.

Una postura moderada fue la sostenida por Sánchez de Toca, distanciado del imperialismo, pero no totalmente asimilable al iberismo, limitándose a desear una unidad de acción de los países, sobre todo en política exterior.

El germanófilo Vázquez de Mella quería una federación ibérica y, aunque rechazaba que España ejerciese ningún tipo de dominio sobre Portugal, parece latir en él cierto intervencionismo, fruto tal vez de su anglofobia, que le hacía temer la influencia inglesa en Portugal.

Nido y Segalerva en *La unión ibérica*, hacía una recopilación de material iberista y pedía al partido liberal que recuperase su tradición iberista. Rechazaba cualquier tipo de intervencionismo en Portugal y se declaraba a favor de una monarquía federal encabezada por Alfonso XIII.

En Cataluña, Maragall siguió defendiendo en todo momento la unión ibérica, pensando por ahora incluso darle una proyección iberoamericana, que fuese capaz de frenar la expansión de los EEUU.

El galleguismo, que —aunque sin alcanzar el nivel del catalanismo— empezaba a dar señal de su pujanza, se alineó, en asambleas en 1918 y 1919 en las filas iberistas.

Pero fue pasada la guerra, y conforme los problemas de la monarquía se agudizaban, cuando el iberismo fue cobrando paso en la escena política española.

En 1921, Sánchez de Toca, en *Regionalismo, municipalismo y centralización*, se aproximaba más al iberismo y a la idea de la formación de un gran bloque que incluyese Iberoamérica.

Rafael Altamira opinaba que lusitanismo y americanismo eran ideas que estaban ganando a la opinión pública española, proponiendo realizar una propaganda entre las élites protuguesas que permitiese concretar un acercamiento.

El monárquico Romanones coincide —con casi todos sus contemporáneos— en que América, Portugal y África son los puntos de interés para la política exterior. Respecto a Portugal, se conformaba con crear un «zollverein» peninsular.

Gonzalo de Reparaz señalaba que sin Portugal, el Rosellón y Gibraltar, no se conseguiría la unidad nacional. Vázquez de Mella y Zurano Muñoz volvieron a hablar de una unión en pleno respeto a la personalidad portuguesa.

El gallego Madariaga inició también su andadura iberista, muy influida inicialmente por el catalanismo, acuñando el término «España triuna», es decir una España compuesta por Portugal, Castilla y Cataluña.

Cuando en 1923 Primo de Rivera da un golpe de Estado, puede decirse que el iberismo en España se había repuesto de la grave crisis que sufrió con la restauración de los Borbones. No se puede hacer esto extensible a Portugal, donde la simple hispanofilia era un fenómeno extraño.

El iberismo o lo iberizante, en Portugal, pasó a ser más bien cosa de individualidades que de grupos organizados, con la excepción del anarquismo, que vivía un proceso de convergencia ibérica. A pesar de no tener trascendencia en la vida pública, no se puede pasar por alto el iberismo de Fernando Pessoa. Creía en la existencia de una civilización ibérica con unos caracteres diferenciados. Preocupado por Cataluña, su iberismo coincide bastante con el catalanista. No se pronunció claramente sobre si la república ibérica que imaginaba sería federal o confederal y en su mente planeó también la idea de crear una revista bilingüe.

Desde 1923 se observa además una aproximación entre los Gobiernos español y portugués, pero en nada se caracterizó por su iberismo, sino en todo caso por su oposición a él.

Ya en 1923 el catalanista Cases Carbó tuvo problemas de censura para publicar un artículo iberista y decidió difundirlo mediante una campaña epistolar, que llegó a importantes figuras políticas, culturales y religiosas de los dos Estados. Muchos de los destinatarios no le contestaron o se limitaron a enviar un acuse de recibo, cosa frecuente entre los portugueses y altos cargos políticos o militares españoles.

Entre las abundantes contestaciones, son muy diversas las valoraciones que se hacen del iberismo, pero en general, predominaban los partidarios de la unión ibérica. Entre los portugueses, Marques Braga y Fidelino de Figueiredo se mostraron básicamente de acuerdo con los planteamientos iberistas de Casas, aunque el segundo no veía clara la integración portuguesa y solicitó que le concretase su idea de la federación ibérica ¹¹.

El líder catalanista Cambó en *Por la Concordia*, indicaba que el iberismo era el único ideal que debería tener España. Aceptaba además —como generalmente hacían ya los catalanistas— una cuarta personalidad ibérica, la vasca.

La oposición republicana izquierdista también retomó durante la Dictadura la bandera iberista, como hizo Blasco Ibáñez, y con mayor constancia, Marcelino Domingo, posiblemente por su fuerte influencia federalista y catalanista.

Pero este pujante y revolucionario iberismo tuvo un rival de talla, salido de medios conservadores portugueses, Antonio Sardinha, que en *A Aliança Peninsular* plantea un nuevo iberismo, bastante influido por Oliveira Martins. Sostenía a ultranza la separación política y hasta rechazaba el término iberismo —por considerarlo republicano— para sustituirlo por el más histórico de hispanismo. El latinismo francés y el panamericanismo americano —su iberismo se proyectaba a América— eran las ideologías a combatir. La alianza que proponía no sería meramente coyuntural, sino estable, y además los rasgos que Sardinha valoraba como más importantes eran precisamente los compartidos por los dos Estados, circunscribiéndose la diferenciación portuguesa a rasgos secundarios, lo que induce a calificar de iberista su obra, a pesar de la insistencia en la separación estatal.

¹¹ J. CASES CARBÓ: *El problema peninsular*, Llibreria Catalònica, Barcelona 1933.

Las ideas de Sardinha encontraron buena acogida en sectores conservadores. Precisamente los dos gobiernos ibéricos, desde la subida al poder de Primo de Rivera, atravesaban una fase de excelentes relaciones, y de deseos mutuos de acercamiento, pero con unos límites claros. En 1927 el Gobierno portugués clausuró el «Instituto António Sardinha» bajo la acusación de iberismo; el Gobierno español no elevó ningún tipo de protesta.

Y es que, decididamente, el iberismo era un instrumento de la oposición. En 1923 delegados españoles y portugueses anarquistas, crearon un órgano común, la «Federación Anarquista Ibérica» (FAI), alcanzando una de las mayores cotas del iberismo, la fusión de organizaciones ideológicas semejantes de los dos Estados.

La juventud intelectual española se mostró en su mayoría, opuesta a la Dictadura, y partidaria del iberismo. Por supuesto, no era el iberismo determinante en esta confrontación política, pero sí resulta evidente la vinculación entre las posiciones políticas y las iberistas.

En 1927 aparece *La Gaceta Literaria*, encabezada por el vanguardista Giménez Caballero. Prácticamente no hubo número en el que no hubiese algún artículo dedicado a Portugal, y a veces aparecieron artículos en portugués. Diversas figuras, como Gonzalo de Reparaz o Ramón Gómez de la Serna, expresaron en la revista posturas iberistas o iberizantes.

V. EL RENACIMIENTO IBERISTA DURANTE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA (1931-1936)

La caída en 1929 de la Dictadura no supuso el fin de los problemas de la monarquía española, que por el contrario, la crisis se ahondaba, dando facilidades al iberismo —propio de momentos de inestabilidad—, para que se desarrollase.

António Ferro, poco antes de la caída de la monarquía, comprobó desagradablemente que la mayoría de los republicanos e izquierdistas españoles eran iberistas. Además, mientras éstos eran iberistas influidos en mayor o menor grado por el federalismo o el catalanismo, había importantes sectores conservadores adictos al iberismo atemperado que era

el aliancismo —o hispanismo, en su autodefinición—, sostenido tras la muerte de Sardinha —aunque un tanto devaluado— por personalidades como Maeztu.

Era también lo común que los iberistas, en sus posturas respecto a Iberoamérica, postulasen un firme acercamiento.

La oleada iberista que barría España arrastró incluso a Unamuno —reticente siempre a hablar de unión política—, que manifestó a Ferro que la personalidad portuguesa se acrecentaría dentro de una federación ibérica. La relaciones entre opositores portugueses españoles y portugueses en el exilio no harían sin acrecentar los temores del Gobierno portugués.

Cuando en Madrid se proclamaba la república española, Macià en Barcelona iniciaba la puesta en práctica del iberismo catalanista, proclamando la república catalana, dentro de la federación ibérica, aunque la medida careció de valor práctico.

Además de los catalanistas, los galleguistas también defendieron el iberismo. Madariaga —buen conocedor de Oliveira Martins—, en su ensayo *España* hablaba de Portugal como parte de España. Esquemmatizaba curiosamente en una N la evolución de Portugal, Castilla y Cataluña. Inscrita en un mapa la N, los trazos verticales son Portugal y Cataluña, y el inclinado, Castilla, que más en contacto en su inicio con Portugal, fue separándose de él para acercarse a Cataluña.

Por otra parte, Giménez Caballero, al tiempo que se esforzó —en vano— por sostener *La Gaceta Literaria*, colaboró con el nacional-sindicalismo y acabó renegando del iberismo, tachándolo de maniobra francesa para favorecer el separatismo catalán. En cambio, el principal teórico del nacional-sindicalismo, Ramiro Ledesma, consideraba de vital importancia la federación de España y Portugal, que limitaría la influencia inglesa en la Península.

El iberismo se difundió también entre el marxismo, especialmente el no estalinista. Maurín, en *La revolución española y Hacia la segunda revolución*, señalaba repetidamente la existencia de un "peligro de balcanización de la Península, que grandes potencias capitalistas, como Francia e Inglaterra, verían con agrado. Llamaba al proletariado, para que al tiempo que la revolución social, hiciese la nacional, construyendo la federación ibérica.

Por lo que respecta a las actitudes de los gobiernos, hay un doble enfrentamiento, por un lado a nivel político, y a nivel de iberismo por otro. En este enfrentamiento, y en virtud de su mayor potencia, es España quién está en mejores condiciones sobre el país vecino.

Los Gobiernos españoles toleraron, y es más, fomentaron actividades conspiratorias de la oposición política portuguesa. Tanto Alcalá Zamora como Azaña eran conocedores de las dificultades de materializar una unión ibérica, pero al parecer, ocasionalmente se entusiasmaron con la idea. Por lo que se refiere a los conspiradores portugueses, no parecen en modo alguno incondicionales del iberismo. Cuando se aproximan a él, como hizo Cortezão en una conversación con Azaña, bien podría ser un simple ardid para granjearse sus simpatías.

Por lo que respecta al Gobierno portugués, desde antes de la proclamación de la república española, se puso en guardia ante el peligro español en su doble vertiente, política y nacional. Ciertamente el peligro real para el incipiente salazarismo era de orden político, por eso cuando en 1933 se establece un gobierno conservador en España, las relaciones ibéricas mejoraron notoriamente.

Es evidente también que el Gobierno portugués enfatizó el peligro español, y acusó —siguiendo una ya vieja tradición política— a sus adversarios políticos de iberistas, con el fin de aglutinar en torno a él a las masas portuguesas. Pero no es descartable que este temor al peligro español, fuese en ocasiones sincero, ante una realidad política española cambiante y en vías de radicalización ¹².

En Portugal, en este momento, son escasos los hispanófilos, como Fidelino de Figueiredo, que en este período publicó *As duas Espanhas* (1932) y *Pyrene* (1935); no obstante, poco ante, en una carta publicada en *La Gaceta Literaria* y escrita en California, había manifestado que, desde la distancia, le resultaba más fácil rebasar el particularismo y ver en la síntesis de americanismo e iberismo una sugerente idea.

Por otra parte, el pujante anarquismo ibérico continuaba su línea de confluencia. Un congreso cenetista en Barcelona —con participación ce-

¹² Para la II República española, destacan las obras sobre las relaciones ibéricas de C. OLIVEIRA: *Portugal y la segunda república española. 1931-1936*, ICI. Madrid 1986; así como la de H. de la TORRE: *La relación peninsular en la antecámara de la guerra civil de España (1931-1936)*, UNED, Mérida 1988.

getista portuguesa—, decidió la fusión de CNT y CGT en una futura Confederación Ibérica del Trabajo. El anarquista Abad de Santillán publicó *El organismo económico de la revolución*, en la que se declaraba exaltado ante la visión de una Iberia unida y proletaria que acabase con injerencias extranjeras y capitalistas.

Catalanistas como Cases Carbó y galleguistas como Castelao, habían continuado, en tanto, la trayectoria iberista tradicional de sus movimientos.

En 1935, al tiempo que la situación se va haciendo más turbulenta e inestable, el iberismo aparece como una idea generalmente extendida —excepto entre los más conservadores— a pesar de la enorme variedad de corrientes ideológicas existentes en España. En 1936, en la recta final hacia la guerra, problemas más inmediatos desalojaron al iberismo de las miras de los políticos españoles, a las que ya no retornó. Tras el triunfo de Franco, el acercamiento de los regimientos ibéricos, no tenía nada en común con un olvidado iberismo, sino que se trataba tan sólo de un sistema de defensa recíproca de las dictaduras. Las apariciones que en lo sucesivo hizo el iberismo fueron esporádicas y carentes de fuerza.